

021 NSC (293)

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 293

25 Cts.



LA
INSTITUTRIZ
DE ALICIA

POR
Marcela Albani
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N. 293

LA INSTITUTRIZ DE ALICIA

Interesante cine drama interpretado por la bellí-
sima artista

MARCELA ALBANI

Producción EQUITABLE FILMS - PARÍS

Exclusiva de

Príncipe=Films, S. Ltd.
SAN SEBASTIÁN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal de
ESTHER RALSTON



LA INSTITUTRIZ DE ALICIA

Argumento de la película

I

En una de las principales vías de la gigantesca Nueva York, donde el tráfico incesante y la actividad comercial vertiginosa parecen haberse concentrado en nuna exaltación suprema, se alza el soberbio edificio ocupado por el poderosísimo establecimiento bancario Caster-La Roche S. C. y en cuyos pisos superiores tenían además su residencia Juan Caster y Federico La Roche, los dos príncipes del dólar que habían elevado con su titánico esfuerzo y su infatigable perseverancia aquel magnífico

templo donde se rendía culto al Dios Oro y a la diosa Finanza.

Los negocios de los dos socios comanditarios marchaban viento en popa y las enormes cajas de caudales de su establecimiento resultaban con frecuencia insuficientes para contener la multiplicidad de valores que, como avalancha de ensueño, afluía a ellas en caudalosa e inagotable corriente.

La razón social Caster-La Roche gozaba de una nombradía y de un crédito financiero tan enormes, que, siendo insuficiente para albergarlos el amplio continente americano, atravesaron los mares y se extendieron por el mundo entero como clarines de triunfo en la gran epopeya moderna donde los elegidos de la Inteligencia, de la Actividad y de la Fortuna, ponen a contribución sus excepcionales dotes para alcanzar la hegemonía económica.

El verdadero director de aquella dilatada y poderosa red financiera venía siendo desde hacía algún tiempo Juan Caster, hombre de una energía inconcebible y que parecía haber nacido exclusivamente para manejar, combinar y ampliar, siempre en beneficio propio, las más laberínticas cifras y las más complicadas empresas.

En la mesa de su despacho se concentraban los hilos y resortes que, a voluntad del famoso banquero, transmitían ordenes y lanzaban chispazos de potencialidad tan irresistible que las entidades que más fuertes y acau-

daladas se creyeron quedaban sujetas, aherrojadas a aquella tiranía máxima con la que era imposible toda lucha.

El otro socio, Federico La Roche, había sido también inapreciable elemento de aquella enorme creación. La Roche fué la inteligencia que guió los días afanosos en que se colocaron los primeros cimientos de la obra y dictó a su colaborador la traza perfecta del soberbio edificio. Pero, quizás, a consecuencia del bárbaro esfuerzo realizado, la salud del banquero se resintió visiblemente y su cerebro sufrió hondas alteraciones que, sin hundirlo en el pavor de la locura, despertaron inquietud en las personas de su intimidad, especialmente en su consocio Caster, quien, para evitar fatales consecuencias, se decidió a echar sobre sus espaldas el enorme peso de la dirección plena del negocio, dejando sólo a La Roche una pequeñísima parte, la suficiente para que el enfermo no se diese cuenta de los progresos de su desequilibrio mental.

Una de las manifestaciones más frecuentes que el mal revestía era el de la alucinación inesperada, absurda. Cuando menos se sospechaba, La Roche quedaba con los ojos, desmesuradamente abiertos, fijos en el vacío y su rostro se desmudaba como si una visión de remordimiento apareciese ante el enfermo.

La misma tarde que comenzaba este relato, al salir Federico La Roche de su despacho y confundándose con la multitud que en la calle

se apretujaba, sufrió una de aquellas intranquilizadoras alucinaciones. Fué al cruzar ante él una agraciada joven modestamente vestida. La descubrió entre cuantos le rodeaban e intentó seguirla abriéndose paso con toda la violencia de sus fuerzas. Pero la visión desapareció antes de que pudiera ser alcanzada y La Roche quedó nuevamente defraudado, aunque repitiendo con insistencia:

—¡Era ella! ¡No hay duda!

II

Juan Caster había enviudado hacia cuatro años. De su matrimonio le quedaron dos hijos. Pablo, que a la sazón contaba veintiún años y Alicia que iba a cumplir los catorce.

Como es natural, ambos fueron criados y vivían rodeados del más espléndido bienestar. Ningún capricho les era vedado satisfacer. Contaban para ello con una fortuna incalculable y con el amor paternal, infinito y condescendiente.

No obstante, ni Pablo ni Alicia abusaron jamás de las excelencias de su posición. Al contrario, parecían no concederles grande importancia y vivían atraídos y subyugados sólo por inocentes pasatiempos y dedicaban gran parte del día en provechosas ocupaciones.

Pablo cultivaba su espíritu con la lectura de libros escogidos a los que desde muy niño demostró inclinaciones que parecían estar en abierta oposición con los derroteros seguidos por su progenitor tan distantes de las corrientes literarias y puramente artísticas. No obstante, el banquero seguía con externa satisfacción la labor cultural de su progénito y se sentía orgulloso cuando le escuchaba disertar sobre sus cada día más sólidos conocimientos en todos los sectores de la ciencia y de las letras.

Pablo no desatendía por ello la obligación de ayudar a su padre en todo aquello en que podía serle útil. Su clara y cultivada inteligencia sabía doblegarse cuando era preciso y saltar de la lectura de los clásicos o de las meditaciones suscitadas por algún filósofo, al prosaísmo frío de las cifras o al planeamiento de una nueva empresa financiera.

Carecía, claro es, del instinto emprendedor de su padre. Pero, una vez que éste le había expuesto sus iniciativas, Pablo atinaba siempre con el consejo adecuado o con la derivación que completaría y haría más fructífero el negocio embrionario.

Alicia, con el candor de sus pocos años, con la ingenuidad de su corazón cuya hermosura corría parejas con la del rostro de la preciosa muchacha, se entregaba con entusiasmo al aprendizaje de todas las labores caseras, no despreciando las más humildes,

convencida por intuición de que las mujeres que quieren serlo de verdad, no deben ignorar nada de lo que ha de contribuir a convertir el hogar que un día ellas funden en nido de delicias.

Bajo la férula de una alemana vieja y re-funfuñona estudiaba también cosas útiles y se perfeccionaba en la conversación de lenguas extranjeras.

Este era el punto más desagradable para Alicia; pasarse la mayor parte del día al lado de una mujer que le cuadruplicaba la edad, cuando menos, y con la que ninguna relación espiritual podía establecer.

Repetidas veces había rogado a su padre que substituyese a la vieja alemana por una compatriota joven que hiciese menos áridas las horas de estudio y fuese una buena y cariñosa amiga que compartiese con ella las de recreo y esparcimiento.

Por fin el señor Caster se decidió a satisfacer los justos deseos de su hija y escribió a Londres, a su corresponsal y amigo Jorge Vargué rogándole buscarse una institutriz que reuniese las condiciones exigidas por la futura discípula, esto es, juventud, discreción, cultura, honradez y alegría.

Alicia esperó la respuesta, impaciente y llena de confianza.

Por aquellos días, Caster tuvo una sorpresa que le produjo gran satisfacción. Luis Garnier, su sobrino, que desde hacía cuatro

años viajaba por Europa, regresó a Nueva York y fué a instalarse en la propia casa del banquero.

Luis Garnier, hijo de una hermana difunta de Caster y huérfano también de padre, había heredado una fortuna de bastante consideración, gran parte de la cual había disipado durante su permanencia en el viejo continente, en cuyas ciudades, especialmente París y Viena, había vivido absolutamente consagrado a los placeres.

Garnier no era joven. Frisaba en los treinta y cinco años y, en su rostro, las turbulencias de una agitada vida dejaron grabado su indeleble estigma.

Pablo y Alicia acogieron también con regocijo la llegada del primo ausente que los deslumbraba con las aristocráticas costumbres aprendidas en el viejo mundo y los relatos maravillosos de las fiestas y aventuras de que había sido protagonista.

Las veladas, sobre todo, adquirieron en la residencia de los Caster extraordinaria animación. Cuando no iban todos a algún teatro donde se representaba la obra de actualidad o se aplaudía a artistas famosos, se reunía la familia en el salón de música y Luis deleitaba a sus primos y tío con las exuberancias de su conversación ingeniosa y divertida. Otras veces, era Alicia la heroína, pues la presiosa muchachita demostraba excepcionales condiciones para la música y el

canto, en los que hubiera hecho grandes progresos de haber tenido a su lado un profesor más conocedor y práctico que la insupportable y rígida nurse alemana.

Garnier se mostraba afectuoso con sus parientes, y el señor Caster había puesto a disposición de su sobrino no sólo su caja de caudales sino las dependencias todas de la señorial residencia, entre las que se contaban las bien provistas caballerías, famosas en toda América por las excelencias de los ejemplares en ellas encerrados.

El sobrino aprovechó la invitación y ni una mañana dejaba de dar largos paseos a caballo, la mayor parte de las veces acompañado de su primita, que había llegado a ser una prodigiosa amazona.

Por el contrario, Pablo gustaba más de pasear en automóvil, cuya dirección confiaba al chófer, para poder dedicarse a la lectura del libro que siempre llevaba consigo.

Una tarde, cuando el banquero Caster se hallaba entregado como siempre en su despacho a la resolución de arduos problemas financieros, le fué anunciada la visita de una señorita portadora de una carta de presentación del señor Vargué.

Caster quedó agradablemente impresionado al dirigir la primera mirada sobre su visitante.

Era una muchacha como de veintidós a veintitrés años, de una belleza plácida y atractiva, realizada por la maravilla de dos gran-

des y profundos ojos negros en los que lucía esa llama dulcemente azulada reveladora de todas las inocencias juveniles.

Entregó la carta de presentación al banquero, y, a una invitación de éste, tomó asiento en el sillón que se le indicaba.

Caster rompió al sobre y leyó:

“Querido y respetado principal: Obedeciendo sus amables indicaciones, tengo el gusto de presentarle a la señorita Rosa Platrer, que, tengo la certeza, reúne todas las condiciones exigidas para completar la educación de la señorita Alicia.

“Aunque residía en Londres, dedicada a la enseñanza particular, es de origen americano. Posee una vasta cultura y de cuantos informes y antecedentes he podido reunir se desprende que se trata de un caso excepcional de virtud y honradez.

“Celebraré sea de su agrado.

“De usted respetuoso s. s. q. e. s. m.

“Jorge Vargué.”

Caster completó la información de Vargué con los detalles y noticias que la propia Rosa le dió acerca de su vida y persona. A la edad de quince años había quedado huérfana de padre y madre cuando ultimaba sus estudios en uno de los principales colegios neoyorquinos. Arruinada su familia, se vió precisada a entrar, como señorita de compañía, al servicio de una familia londinense con la que marchó a

Inglaterra. Casada su primera alumna, pasó a ocupar la plaza de institutriz al lado de la hija de un lord. Cuando el señor Vargué le hizo la proposición de trasladarse a su país natal, su segunda alumna estaba también en vísperas de contraer matrimonio. Por eso no tuvo reparo en abandonarla. De las dos casas donde prestó sus servicios, poseía sendos certificados que acreditaban su suficiencia y buena conducta.

El señor Caster se dió por satisfecho y desde aquel momento la señorita Rosa Platrer quedó admitida institutriz de Alicia.

La alumna se mostró encantada de su nueva profesora. Era lo que ella quería: una compañera, una dulce y bella compañera que compartiese con ella la alegría de las horas de asueto y pusiese ese mismo resplandor de íntimo y mutuo regocijo en las de estudio y educación.

Rosa fué instalada espléndidamente en una habitación inmediata a la que Alicia ocupaba y gozó desde el primer día de tanta consideración como si hubiese formado parte de la familia del multimillonario banquero.

III

Con la presencia de Rosa, pareció transformarse la residencia de los Caster en un verdadero paraíso.

La diligente institutriz no se limitaba sólo a sus deberes docentes cerca de Alicia. Su acción benéfica se extendió a todos los menesteres del hogar y su espíritu refinado y previsor se desbordaba continuamente, embelle-



La alumna se mostró encantada de su nueva profesora...

ciéndolo y perfumándolo todo con aroma escapado de la más cálida flor.

Si Alicia se hallaba entusiasmada con su institutriz, Pablo, el misántropo Pablo, el muchacho que sólo parecía vivir para ampliar el círcu-

lo de su cultura devorando incesantemente las grandes obras literarias y científicas, cuando a presencia de Rosa se hallaba sentía que el libro que sostenía se escapaba de sus manos y sólo tenía ojos para admirar la gracia noble y retozona, a la vez, de aquel hermoso cuerpo femenino.

La animación que Luis Garnier llevó a las veladas en la residencia de los Caster quedó oscurecida por aquella otra más intensa y variada que con su presencia y habilidades supo prestarles la nueva institutriz.

Se olvidó casi por completo la asistencia a los teatros. ¿Para qué? Mejor que en el más divertido salón de espectáculos se estaba allí, en aquella confortable estancia que el gran piano de cola presidía con el torrente mudo de su armonía. Pero aquel sueño en que reposaban los acordes musicales encerrados en la brillante caja de madera, se disipaba cuando las manos de Rosa, más blancas y marfileñas que ellas mismas, se apoyaban sobre las teclas para hacer que las cuerdas interiores vibrasen en arpeggios de una maestría insuperable.

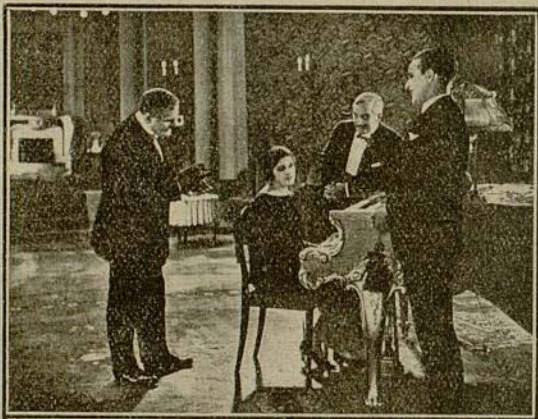
Además, la institutriz poseía una voz de admirable timbre, que parecía haber sido educada en los mejores conservatorios.

Con estos elementos, las veladas transcurrían deliciosamente, y ni aún el mismo Caster pensaba en abandonar tan grata compañía.

Mientras Rosa deleitaba a sus oyentes con

las excelencias de su música y su canto, dos personas la contemplaban ávidamente, cada una de ellas obedeciendo a sentimientos muy distintos.

Pablo se mostraba cada día más enamorado



Además la institutriz poseía una voz de admirable timbre...

de la institutriz. Todo el fuego acumulado en su corazón, virgen en amor, le abrasaba ahora, y se consumía cuando su mirada apasionada se cruzaba con la dulce y acariciadora de Rosa. Ningún deseo impuro se mezclaba en

aquella devota y constante adoración. Pablo hubiese querido expresar a ella sus íntimos sentimientos con palabras en que ni un eco sensual vibrase. La quería con cariño, no sabía si parecido al que a la madre, a la hermana se tiene, y, sin embargo, al pensar que pudiese corresponderle, experimentaba algo muy semejante a lo que sintió cuando, siendo niño, durante una fiesta familiar, apuró de un solo trago una copa de vino de España. Sus mejillas enrojecían, palpitaba su corazón con inusitada violencia y una fuerza irresistible le impelía hacia a la adorada y una ansia torturante de estrecharla entre sus brazos ponía en peligro el dominio de su propia voluntad. ¿Era amor aquello, verdadero amor? Pablo no lo sabía ni se atrevía a adivinarlo. ¿Existían tantos prejuicios que vencer, tantos obstáculos que saltar, para dar realidad a aquella posibilidad amorosa!

También los ojos de Luis Garnier se recreaban en la contemplación de la bella institutriz. Pero la mirada en la que la envolvían, no tenía aquel arrobo de respetuosa adoración que brillaba en la de Pablo.

Luis contemplaba a Rosa con el descaro con que el hombre corrompido, acostumbrado a las conquistas fáciles, contempla a las mujeres virtuosas que supone indefensas para resistir las celadas de su grosera práctica donjuanesca. Para él nada significaba la honradez de la víctima elegida, ni por su conciencia acomodati-

cia y egoísta cruzó por un instante la posibilidad de encauzar caballerosamente el torrente desbordado de sus malos instintos.

Deseaba a Rosa y estaba dispuesto a conseguirla sin reparar en los medios que hubiese de utilizar para ello. Y, mientras llegaba la hora de su, para él, seguro triunfo, no dejaba de recrearse en la belleza de la nueva víctima elegida para satisfacer sus apetitos de rufián.

Federico La Roche habitaba también en la residencia de su consocio. A nadie tenía en el mundo y el delicado estado de su salud le decidía a vivir junto a las únicas personas que podían demostrarle sincero afecto.

No obstante, apenas salía del pabellón que se le había destinado, donde permanecía entregado a sus misteriosas y continuas cavilaciones. Era extraño, por completo, a la vida íntima de la familia Caster y desconocía en absoluto la presencia en la casa de la nueva institutriz.

Sin embargo, una noche, atraído por el encanto y la voz de Rosa, se decidió a visitar a sus amigos.

Al penetrar en el salón de música y descubrir junto al piano la esbelta figura de la institutriz, fué de nuevo víctima de una de sus extrañas alucinaciones. Le pareció que Rosa transformaba sus vestidos y, sin dejar de ser ella misma, evocaba la imagen de otra mujer cuyo recuerdo vivía impercedero en su memoria. Con los brazos extendidos y tanteando

como un ciego, avanzó hacia la sorprendida institutriz de Alicia. Sólo cuando estuvo muy cerca de ella e iba ya a estrecharla entre los brazos, se dió cuenta del engaño y, sintiendo flaquear sus piernas, cayó al suelo, murmurando:

—¡No es ella! ¡No es ella!

IV

El problema sentimental de Pablo se intensificaba cada día con la continua y deseada presencia del objeto que lo motivaba. El enamorado muchacho, novicio en lides amorosas, no atinaba a plantearlo en los términos precisos, y esto lo tenía sumido en incesable inquietud que turbaba sus pensamientos en las horas de vigilia y ahuyentaba el sueño de sus ojos durante el descanso.

Aquel desasosiego, por mucha que fuese la castidad de Pablo, no podía prolongarse sin menoscabo de sus quehaceres habituales y aún de su propia salud. El propio señor Caster notó algo excepcional en el hijo, antes modelo de sensatez y que hoy se distraía con frecuencia, como absorbido por íntimas y poderosas preocupaciones. Pero fué inútil cuantas indagaciones pretendió realizar para conocer las causas de aquella extraña transformación. Pa-

blo continuaba encerrado en pertinaz silencio, no atreviéndose a confesar, ni aún a sí mismo, la naturaleza e intensidad de la sugestión que las miradas, las palabras, los gestos de Rosa producían en su alma ilusionada.

La casualidad hizo, al fin, que una tarde se encontraran los dos jóvenes a solas en el jardín. Alicia se había separado de ellos para ir a cambiarse de vestido que se manchó jugando con las ranas del estanque.

Al verse juntos, sin testigos, en uno de los rincones más apartados y floridos del jardín, los dos jóvenes se contemplaron mutuamente, con una mirada luminosa y fugaz como un relámpago.

Pablo comprendió que el momento decisivo había llegado. Y, venciendo su cortedad, dijo a Rosa con voz trémula de emoción:

—Me alegro que Alicia nos haya dejado solos unos momentos. Tengo que hacer a usted una pregunta de cuya contestación depende la felicidad toda de mi vida.

Ella le miró y él volvió a cortarse. Haciendo un nuevo esfuerzo, continuó:

—Desde que usted llegó a esta casa, huyó de mi lado la tranquilidad. Lo que antes constituía mi deleite, la lectura de buenos libros, hoy me aburre y me enoja. Sólo para mirarla tengo ojos y sólo para adorarla tengo corazón. ¿Podré esperar que algún día usted comparta conmigo estos sentimientos?

Bajó la vista Rosa hundiéndola en la are-

na húmeda del jardín. Acogió Pablo aquel silencio con anhelante ansiedad. Y ya se disponía a tomar entre las suyas una de las manos de ella para insistir en que le diese la respuesta ambicionada, cuando apareció de nuevo Ali-



—¿Podré esperar que algún día usted comparta conmigo estos sentimientos?

cia, rompiendo inocentemente el encanto del momento.

Quedó, pues, la solución pendiente del problema sentimental de Pablo, que se vió precisado a espiar otra ocasión oportuna para reanudar su interrumpido diálogo con Rosa.

Todas las mañanas, la institutriz, autorizada por el señor Caster, daba largos paseos a caballo, sola unas veces y acompañada, otras, por Alicia. Rosa era una ágil amazona y mostraba especial cariño a los nobles animales encerrados en las caballerizas y encomendados al cuidado de un viejo mozo llamado José, antiguo servidor de la familia del banquero.

Al día siguiente del de la interrumpida escena del jardín, cuando aún no hacía una hora que el sol brillaba sobre el azul diáfano del cielo, Rosa se presentó en las caballerizas vistiendo airoosamente el traje de amazona. Después de cambiar afectuosas palabras con el viejo José al que distinguía con especial predilección entre todos los criados de la casa, montó sobre su caballo favorito, ya preparado de antemano, y se abandonó al placer de la carrera vertiginosa bajo la verde sombra de los árboles del parque cercano.

A aquella misma hora Pablo salió a dar su acostumbrado paseo en automóvil, tomando la misma dirección que seguía la cabalgadura de Rosa.

Cuando el joven Caster iba más absorto en la lectura del libro que siempre le acompañaba, llamóle la atención el correr desenfrenado de un corcel que parecía no hacer caso a los mandatos del jinete que lo montaba. Comprendiendo el peligro que a éste amenazaba, Pablo ordenó al chofer que forzase la marcha del coche hacia el desconocido en peligro. Cuan-

do estuvo cerca del caballo desbocado, tomó al jinete entre los brazos y lo arrancó de su cabalgadura. Su sorpresa no tuvo límites al reconocer a Rosa, cuya cabeza reposaba ya sobre el pecho del bravo muchacho.

Estuvo a punto de depositar en los entreabiertos labios de la desmayada el beso que ya iba a florecer en su boca. Pero su caballería le hizo desistir de tal deseo cuya realización en aquellos momentos hubiese significado un acto reprobable y un abuso indigno.

Abrió, al fin, los ojos Rosa y rápidamente se desprendió de los brazos que la sostenían. Pablo hubiera querido reanudar entonces el diálogo del jardín; pero tampoco creyó oportunas las circunstancias.

El incidente no tuvo más consecuencias.

En un prado cercano estaba el desobediente corcel sobre el que valerosamente volvió a montar la amazona, emprendiendo el regreso seguida de cerca por el auto de Pablo.

Durante aquella velada que transcurrió tan agradablemente como las anteriores, no encontró ocasión Pablo de hablar a solas con la institutriz que tuvo que sufrir con mayor insistencia que nunca las atrevidas impertinencias de Luis Garnier.

Cuando a la mañana siguiente Rosa fué a hacer su acostumbrada visita a las caballerizas y al viejo José, fué testigo de una escena que la llenó de indignación.

Garnier, que pretendía dar un paseo a ca-

ballo, se hallaba enfurecido porque el anciano mozo de cuadra no le había preparado anticipadamente su cabalgadura.

Las disculpas de José no fueron suficientes para calmar la ira de Luis, quien, enarbolando el látigo, lo descargó repetidas veces e inhumanamente sobre las espaldas del indefenso viejecito.

Rosa corrió en su auxilio. Detuvo el brazo cruel y dijo a Garnier, sin cuidarse de templar ni disimular el furor que brillaba en sus ojos:

—¡Es cobarde maltratar de esta forma a quien ni por su edad ni por su condición ha de responder a la ofensa recibida!

Garnier se mordió los labios y repuso con despecho:

—Sin duda se olvida, señorita, de que yo tengo la autoridad suficiente para castigar a los criados de esta casa.

Y se alejó, mascullando nuevas amenazas contra José.

El pobre mozo, caído en el suelo, sollozaba de dolor y acogió con profundo agradecimiento las palabras de consuelo que Rosa, inclinándose sobre él, le prodigó mientras lo abrazaba.

—¡Gracias, señorita Rosa!—la dijo—. Desde hoy, puede contar con mi eterna gratitud.

Después, cuando ella se hubo alejado, amenazó con el puño cerrado hacia el sitio por don-

de Garnier acababa de desaparecer, murmurando:

—¡Bandido! ¡Algún día me pagarás con creces!

Rosa volvió al lado de Alicia, que ya le



—Gracias, señorita Rosa; desde hoy puede contar con mi eterna gratitud.

esperaba para comenzar la lección de la mañana, sentada en una de las glorietas del jardín. Pero la discípula había olvidado el libro cuya lectura estaba señalada para aquel día, y la institutriz se apresuró a ir en su busca a la biblioteca.

El ruido que hizo al entrar llamó la atención de Pablo que se hallaba entregado a sus habituales estudios. Al descubrir a su adorada, se levantó rápidamente y salió a su encuentro.

—¡Gracias—le dijo—por haber venido! Ahora no se negará a responder a la pregunta que en el jardín le hice.

El rubor que cubrió las mejillas de Rosa y la insistencia con que fijó sus ojos en la alfombra de la estancia, fueron bastante eloquentes para que Pablo adivinase que su amor era plenamente correspondido.

Escapó ella al comprender que él había leído en su corazón y Pablo quedó radiante de alegría.

Al salir de la biblioteca, Rosa encontró a Garnier que, dirigiéndose hacia ella, le dijo con tono humilde:

—¡Perdóneme, Rosa, por lo sucedido hace un momento! Yo le juro que, en adelante, sabré reprimirme y seré más benévolo con José, ya que cuenta con su protección.

Ella, que esperaba una nueva impertinencia, acogió de buena gana, dándole crédito, las palabras de su interlocutor.

—Si son sinceras sus promesas—repuso—, le felicito por ello, y queda restablecida nuestra amistad. He aquí mi mano.

Aquel ingenuo y noble proceder de la bella institutriz fué torcidamente interpretado por Garnier, que creyó en buen camino sus villanas pretensiones, y se recreó meditando un

infame plan para darles pronta realización.

—¡Será mía!—murmuró con irónica sonrisa—. ¡Y lo será esta misma noche!

V

Federico La Roche había tomado entrañable cariño a la joven institutriz quien, por su parte, se mostraba irreflexivamente inclinada a corresponder a aquel desinteresado afecto.

No teniendo a quien comunicar las alegrías e incertidumbres que aquel día brotaron en su alma ilusionada, se decidió a hacerlo al bondadoso señor La Roche. El escuchó con sonrisa paternal la confesión de amor que ella le hizo y calmó sus escrúpulos, asegurando:

—No retrocedas ni te espantes, querida niña. Yo tomo bajo mi protección ese idilio entre Pablo y tú. Y si Caster se opusiese por razones de intereses, yo le tranquilizaré nombrándote mi heredera, ya que a nadie tengo en el mundo.

La satisfacción de Rosa por aquellas halagadoras palabras no tuvo límites, y después de escucharlas se consideró la más dichosa de las mujeres.

Desgraciadamente, junto a la nobleza y la generosidad, vivían en aquella casa la vileza y la cobardía.

Aquella noche, cuando todos se retiraron a

descansar y, ya en su lecho, soñaba Rosa con el triunfo de su amor, Luis Garnier se dispuso a poner en práctica sus arteros pensamientos.

Salió sigilosamente de su habitación y se dirigió a la ocupada por la institutriz y penetró en ella fácilmente porque ella, confiada en la seguridad de la casa, no se preocupaba de echar la llave.

El ladrón de honras se acercó a la que creía dormida y trató de estrecharla entre sus brazos. Pero Rosa se incorporó rápidamente y se defendió con toda la bravura que su indignación le prestaba.

Ante el temor de un escándalo, se vió precisado Garnier a aplazar sus viles propósitos y a abandonar por aquella vez la presa codiciada.

Al día siguiente se celebró en la suntuosa residencia de los banqueros una gran fiesta para celebrar le cumpleaños de Alicia.

Aprovechando la obligada atención que todos prestaban a los invitados, Pablo se acercó a Rosa, suplicándola:

—La espero en mi despacho tan pronto como mi hermanita comience su anunciado baile. Necesito hablar con usted reservadamente.

Desgraciadamente aquel convenio tuvo el peor de los testigos. Garnier, oculto tras un cortinaje escuchó la proposición de su primo y la promesa de Rosa de ir en su busca al despacho.

Y mientras la concurrencia se deleitaba con

la danza ejecutada por la bella festejada, los enamorados se reunían en el sitio convenido, espiados de cerca por Garnier.

Luis creyó llegado el momento de tomar venganza de los desprecios de Rosa. Fué en busca de su tío y le advirtió:

—Debiera vigilar a Pablo. Puede ser víctima de las interesadas seducciones de la señorita Platrer. Ambos se encuentran en este momento en el despacho, entregados a un diálogo bastante peligroso.

Caster penetró en la habitación que se le indicaba y lleno de indignación sorprendió a los amantes cuando ya los labios de ambos iban a fundirse en la dulzura del primer beso.

Pablo pretendió justificarse:

—Nada digno de censura hay en nuestro proceder. Rosa y yo nos queremos y hemos decidido casarnos.

Su padre le rechazó:

—¡Retírate inmediatamente! Luego hablaremos. Ahora necesito decir dos palabras a la señorita Platrer.

Luego, al encontrarse a solas con ella, la recriminó, ordenándola:

—¡Mañana, a primera hora, abandonará usted para siempre esta casa!

Fueron inútiles las súplicas y las protestas de lealtad de la infortunada institutriz, que quedó humillada, derribada en el suelo y sollozando.

Luis Garnier creyó llegado el momento de

coger el fruto de su venganza. Penetró en el despacho y, cerrando con llave la puerta, se dirigió hacia la caída.

—Ya veo—dijo con cínica sonrisa—que concediste a Pablo lo que a mí me habías nega-



...cuando ya los labios de ambos iban a juntarse en la dulzura del primer beso...

do. Bien está. Ahora, si quieres triunfar en la vida, necesitarás de mi protección.

Trató de alzarla en sus brazos y ella se incorporó dispuesta a la defensa. Trató de huir, pero la puerta estaba cerrada. Se entabló la lucha desigual y enconada.

Las manos de ella lograron asir un cuchillo colocado sobre una de las mesas del despacho. El logró arrancárselo y lo arrojó al suelo donde se clavó la afilada punta.

El ruido de la contienda atrajo la atención del criado de la antecámara. Se acercó a escuchar y un grito de angustioso dolor llegó hasta su oído.

El criado corrió a dar aviso al señor Caster. Fué preciso forzar la puerta para penetrar en el despacho y el cuadro que se ofreció a la vista de los que llegaban, no pudo ser más aterrador.

En el suelo, revolcándose en su propia sangre y en los estertores de la agonía, yacía Luís Garnier.

En un rincón, reflejando en su rostro el terror de que se hallaba poseída, se refugiaba Rosa, pálida y temblorosa.

Todas las acusaciones se dirigieron contra ella y fueron inútiles sus protestas de inocencia. El mismo Garnier antes de expirar, había murmurado, señalándola:

—¡Ella...! ¡Rosa... me ha herido!

Sólo dos hombres dudaban de la culpabilidad de Rosa: Federico La Roche y Pablo.

También Alicia defendió a su querida profesora y cuando la justicia se hizo cargo de la supuesta delincuente, se abrazó a su cuello gritando:

—¡Es inocente, es inocente! ¡Si supieran lo buena que es!

VI

Rosa fué encarcelada. Y durante las largas y tristes horas de soledad en su calabozo, se



—¡Ella!... ¡Rosa... me ha herido!...

dedicó a redactar unas breves memorias destinadas a dar a conocer a Pablo el misterio de su pasado.

Ella misma hizo entrega del precioso legado a Federico La Roche una de las veces que

fué a visitarla acompañado del propio Pablo, recomendándole que se lo entregase después de haber sido ella condenada.

La Roche, leyendo aquellas páginas adquirió el convencimiento de que Rosa era su hija a la que abandonó junto con la madre cuando un mal negocio en el que intervino más la desgracia que la mala fe, le obligó a emigrar.

La justicia de los hombres condenó a Rosa a la última pena. Pero la misma noche que antecedió a la ejecución de la terrible sentencia, el viejo José, el mozo de cuadra, se presentó a sus señores confesando que él era el autor de la muerte de Luis Garnier.

Había oído el rumor de la lucha entablada entre su enemigo y su bienhechora, y entrando furtivamente por la puerta que ponía en comunicación el despacho con el jardín había herido por la espalda al sobrino de sus señores.

Deshecho el terrible error judicial y recordada su verdadera personalidad de hija de Federico La Roche, la antigua institutriz y ahora riquísima heredera, llegó a olvidar sus pasados dolores y amarguras entregándose por entero a la felicidad de la nueva vida en la que era rayo de más intensa alegría el amor intenso que con Pablo la uniera.

FIN

Próximo número EXTRAORD NARIO

Sábado, día 30 de julio

LA LOCA DE LA CASA

por Carmen Viance, Manuel San Germán,
Rafael Calvo, Consuelo Quijano, Modesto
Rivas, etc.

Postal-fotografía-regalo: FORD STERLING

Compre usted el mismo sábado, día 30
del corriente, este precioso número
EXTRAORDINARIO

MAÑANA APARECERÁ

el libro 92 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

EL VALLE DEL SILENCIO

por Alma Rubens, Lew Cody, etc.

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡ SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR !